

Hay que conocer la tierra y los hombres de Oscar Castro, este poeta, cuentista y novelista, que con ello nos emparentamos a la simpleza, a la gallardía, al lenguaje y a la prestancia picaresca e incluso a la paciente condición humana del huaso.—NICOMEDES GUZMÁN.



“LUGAR DE ORIGEN”, de *Jorge Carrera Andrade*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, Ecuador, 1951. 156 págs.

El poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade (n. en 1903), pertenece a lo más alto de la nutrida falange de excelentes poetas hispanoamericanos contemporáneos.

Utilísimo sería, para la comprensión de la obra poética de Carrera, el compararla con la de Neruda, de quien es contemporáneo, o con la de Vallejo. Ello no podría caber en el ámbito modesto de este bosquejo informativo.

“Una capacidad receptiva asombrosa. Y una fuerza lírica con aptitud para reducir a barro propio las más lejanas y disímiles influencias”, dice de él Benjamín Carrión (1).

Muestra de esta receptividad a que alude el crítico anterior, y que nosotros llamaríamos plasticidad, raro poder de asimilación, es una obra de Carrera que nos llega juntamente con la que comentamos: *Poesía francesa contemporánea* es su título. Es una antología. La selección y traducción de los poemas incluidos le pertenecen. Vertidas con finura y decoro, nos ofrece muestras de la producción postsimbolista y novísima de la lírica francesa. Desde Saint-Pol Roux, que la inicia, hasta Aimé Cesaire, pasando por Valery, Apollinaire, Supervielle, Eluard, etc., se encuentran representados en esta personalísima antología.

(1) Benjamín Carrión, “Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea”. Ercilla, Stgo. 1937.

Como muestra de la eficacia de sus traducciones ofrecemos la primera estrofa de "Cementerio Marino":

*Ese techo tranquilo donde andan las palomas
Palpita entre los pinos y las tumbas;
El justo mediodía compone allí con fuegos
El mar ¡el mar siempre recomenzado!
¡Ob galardón después de un pensamiento
Poder mirar la calma de los dioses! (2).*

La colección de poemas de que damos ahora noticia —*Lugar de origen*— contiene composiciones que responden a lo que podríamos llamar las dos vertientes de su creación: el sentimiento cósmico universal, audaz afán de expresar el mundo en su poesía, y el arraigo en el *tellus natal*.

"Suma de cuadernos poéticos, inhallables ahora y unidos por el mismo signo natural —de vegetaciones del suelo y del sueño—, desde el diálogo del hombre con los frutos y seres americanos, hasta el último poema que es el elogio de la tierra equinoccial" (página 7), define él mismo sus poemas.

El poeta vuelve ahito de "rostros y climas" —así denomina un libro en prosa—. Este viajero, afinado y depurado producto de la lírica europea —Valery, Supervielle, los surrealistas, Neruda, figurarían tal vez entre sus ancestros— se enfrenta a los desnudos elementos de su tierra natal: el mar, los ríos, las estrellas, los frutos naturales. Intenta penetrar su misterio recóndito. Beber el secreto zumo del mundo americano. Para ello se vale de la mágica clave de su poesía. "El poeta sirve a la humanidad, ejerciendo sus funciones de vidente", dice en el prólogo a su *Poesía francesa*.

(2) "Ce toit tranquille, où marchent des colombes,
Entre les pins palpité, entre les tombes;
Midi le juste y compose de feux
La mer, la mer, toujours recommencée!
O récompense après une pensée
Qu'un long regard sur le calme des dieux!
(Paul Valery, "Poésies", p. 185. Gallimard, Paris, 1930).

*Me aproximo a las puertas secretas de este mundo
con la llave del fuego... (La llave del fuego).*

Se enfrenta con los entes autóctonos y los interroga:

*Yo hablo con el maíz y el guacamayo
que conocen la historia del diluvio
cuyo recuerdo nubla la frente de los ríos (Id.).*

Y de vuelta de esta inmersión en tan profundas aguas; nos trae un cargamento de refinadas imágenes, expresión burbujeante de su sensibilidad.

*Tierra mía en que habitan razas de la humildad
y el orgullo, del sol y de la luna,
del volcán y del lago, del rayo y los cereales.
En ti existe el recuerdo del fuego elemental
en cada fruto, en cada insecto, en cada pluma,
en el cacto que muestra sus heridas o flores,
en el toro lustroso de candelas y noche,
el mineral insomne bebedor de la luz
y en el caballo rojo que galopa desnudo (La llave del fuego).*

Ya en su *Silva* a la Agricultura de la Zona Tórrida intentó don Andrés Bello, llevado quizás por influencias virgilianas o gongorinas, plasmar materia poética sobre la base de los frutos naturales de América: "... tú, en urnas de coral, cuajas la almendra"..., salmodiaba en molde gongórico el prerromántico sabio.

Carrera retoma el tema, tan largamente tratado en la poesía del siglo XIX e infunde extraordinaria frescura a sus imágenes:

*Yo vengo de la tierra donde la chirimoya,
talega de brocado, con su envoltura impide
que gotee el dulzor de su nieve redonda,
y donde el aguacate de verde piel pulida
en su clausura oval, en secreto elabora
su substancia de flores, de venas y de climas.*

*Tierra que nutre pájaros aprendices de idiomas,
plantas que dan, cocidas, la muerte o el amor
o la magia del sueño o la fuerza dichosa (Lugar de origen).*

Y en sucesivos poemas surgen: el eucalipto “de ramas como sargas de peces”; el agave, “gran mano de uñas verdes, afiladas”; la abeja, “bala de oro y de miel — que el verano dispara”; el bananero, “tu alta fábrica verde, alambique del trópico”.

En “Cinco lienzos de la Colonia”, intenta darnos su intuición del Ecuador colonial. Son cinco sonetos modernos y de acabada técnica, en que surgen el retrato de un caballero español, “la siempre verde Quito”, “con su rostro de piedra”, y la imagen del agave, “que encierra — miel del cielo en sus pencas azuladas”.

Según él entiende la tarea poética, es una suerte ella de videnia interior —“El poeta... tiene el don extraordinario de ver hacia adentro”—. De primera impresión, las imágenes de Carrera Andrade nos sugieren una sensibilidad lúcida, intelectualizada, con cierta actitud humorística enraizada en lo arbitrario de la infancia. Los símbolos que nos ofrece de sus visiones interiores mantienen siempre una firme arquitectura intelectual, dentro de una delineación sintáctica exacta y segura. Su visión del mundo no se exalta en arrebatados y dramáticos conflictos que arrancan a Neruda, por ejemplo, imágenes alucinadas, balbuceo onírico de enorme eficacia emocional.

*La espuma, dulce monja, en su hospital marino
por escalones de agua, por las gradas azules,
desciende hasta la arena con pies de luna y lirio...*

(Aquí yace la espuma).

Su pupila exacta encuentra el tono humorístico que caracterice algún producto monstruoso de la técnica moderna:

*Llevan en sus motores domesticado el viento,
la libertad girando en las diáfanas hélices
y en conserva, en sus botes metálicos, el trueno...*

(Canto a las fortalezas volantes).

¿Significa eso que la poesía de Carrera es una poesía pura, según se entiende generalmente este concepto, fría, parnasiana? No. Los grandes temas, la soledad del hombre, lo perecible de nuestra existencia, el sentimiento admirativo que le despiertan ciertas creaciones de la industria moderna, la fuerza cósmica que intuye en la tierra nativa, encuentran en sus manos imágenes de ajustada eficacia sentimental.

*Te hallas en todas partes, soledad,
única patria humana (Soledad habitada).*

Es, sin embargo, el lugar de origen quien logra rescatarlo de ese sentimiento negativo:

*En los más distintos idiomas
sólo aprendí la soledad
y me gradué doctor en sueños.
Vine a América a despertar (Viaje de regreso).*

“Juan sin cielo”, el poeta opreso por la realidad cotidiana. “Los monederos falsos de las palabras”, “los verdugos de cisnes”, “los mercaderes de espejos, cazadores de ángeles”, lo desposeyeron de su reino angélico.

*Perdí mi granja azul, perdí la altura
—reses de nubes, luz recién sembrada—
¡toda una celestial agricultura
en el vacío espacio sepultada! (Juan sin cielo).*

En este libro, creemos, el poeta se halla todavía en un momento de vacilación entre estos dos planos: la realidad americana y el reino de cielo, más puro acaso, que añora. ¿Hacia cuál dirigirá sus pasos en futuras obras?—FIDEL COLOMA GONZÁLEZ.

SOBRE UN NUEVO LIBRO DE JULIO SALCEDO

Con título que desgraciadamente se presta a fáciles chiri-gotas, acaba de aparecer un nuevo libro de Julio Salcedo, abogado y escritor porteño radicado ahora en Santiago. Siete son ya, con ésta, las obras —novelas, cuentos, ensayos— que ha entregado al comentario público. En todas se advierte algún avance con respecto a las anteriores del mismo género, lo que no deja de ser promisor para quien, como Salcedo, tiene aún muchos años para seguir en la brecha. La idea de que “la profesión de escritor es aventurada, más absorbente que cualquiera otra, solitaria, deshumanizadora y que tiene bien pocas esperanzas de una completa retribución” —como dice la novelista inglesa Elizabeth Bowen— no parece haber pasado nunca por la cabeza de Salcedo. Y es que Julio, como hombre integralmente sano, es también un optimista a prueba de toda contingencia, incluso la de críticas adversas. Al revés de Martínez Ruiz, el que llevara, allá en sus verdes años, un paraguas rojo como signo de rebeldía juvenil para vestir, en su grave ancianidad, de un negro luctuoso que parece hacer juego con la actual lobreguez de su alma, Salcedo adorna su espíritu de los más gayos colores. Es alegre, es —ya lo hemos dicho— optimista, es finalmente humorista, de un humorismo sonriente del tipo más latino. Con él, estamos seguros, que no ha de ocurrir lo que con Azorín —el Martínez Ruiz ya nombrado— que, al filo de los ochenta años, con montones de muy buenos libros a su haber y con la fama de ser el más grande estilista español actual, ha renunciado a la profesión de las letras por encontrarlas —dice— muy ardua, muy cansadora, muy